EL ENCARGO

Cuando a media tarde sonó el teléfono de manera insistente, pensé que podía tratarse de un comercial para venderme alguna suscripción, o de otro impertinente. Levanté levemente la cabeza y continué absorto en la lectura que estaba disfrutando. La segunda llamada me incomodó ¡Si ven que no lo cojo… o es que no hay nadie o, sencillamente, que no lo quiero coger! ¿A qué viene tanta insistencia? llegué a decir en voz alta. Estaba solo en casa y el silencio volvió a adueñarse de todos los rincones. Seguí a lo mío. Y la verdad es que no puedo decir cuánto tiempo había pasado, pero la tercera vez que el timbre del teléfono sonó di un bote en el sillón. Me sobresalté. Pero ¿qué ocurre? ¿Habrá pasado algo? Descolgué y, al mismo tiempo que controlaba la rabia por haberme sacado de mi rutina y trataba de serenarme por el susto, dije con educación: "*Buenas tardes, ¿con quién hablo?"* Al otro lado del aparato escuche una voz de mujer, de una mujer madura que no me resultaba familiar, lo que me hizo pensar que se había equivocado de número. "*Buenas tardes, ¿es usted don Alberto?" "Sí"*, contesté tratando de reconocer la voz. A veces soy un tanto despistado y me cuesta retener el nombre de las personas, y no ya de las que me presentan y conozco desde hace poco, sino que incluso se me desdibujan y confundo el de aquellas que he tratado durante años. Me estoy empezando a preocupar. "*Soy yo, ¿con quién tengo el gusto de hablar?"* Mi interlocutora respondió: "*Nos conocemos. Igual no me pone cara, pero nos conocemos. Me llamo……..* (omito su nombre para preservar su identidad). *Desde aquel día en que usted me ayudó en la calle a recoger mi bolso después de tropezar y caerme al suelo, hemos podido conversar en varias ocasiones". "Si, si, por supuesto"*, le dije mostrando seguridad en la afirmación. *"¿Qué tal está?, ¿A qué se debe esta llamada?"* Ella prosiguió: *"Verá, soy muy mayor y, después de haberle dado infinidad de vueltas a lo que quiero decirle, me he decidido a llamarle. Le extrañará que sepa su número de teléfono, pero llevo mucho tiempo observándolo y enterándome de quien es usted".* Respiré hondo. No entendía nada, no sabía a qué venía esta llamada, y mucho menos podía imaginar que alguien estuviera investigándome. Opté por permanecer en silencio y escuchar. Ella continuó hablando sola sin tan siquiera hacerme una pregunta o indagar mi parecer: *"Le he visto un día tras otro pasar frente a mi casa. Me he fijado en sus maneras educadas, en como viste, con quien se para a conversar, he escuchado su tono de voz pausado y sereno, propio de una persona honorable, con principios. A veces, salía a su encuentro haciéndome la encontradiza sólo por ver su reacción. Y usted se detenía, se interesaba por mi rodilla golpeada en la caída, me acompañaba, y sus comentarios me parecían siempre interesantes. Sé donde ha trabajado, a qué se ha dedicado, sus aficiones y he llegado a conversar con amigos suyos. No voy a desconocer que esto de ser una anciana ha permitido que muchas puertas se me abrieran y que la gente se brindara a hablar de manera franca y sin tapujos. Total, se trataba de la típica curiosidad de una señora mayor".* Decidí interrumpirla… "*Bueno, ¿y qué desea?, ¿le ocurre algo?"* Su respuesta fue tajante: "*Necesito que venga a mi casa, quiero encomendarle algo que para mí es muy importante.*

Soy consciente de que no me queda mucho tiempo de vida y quiero que usted se encargue de hacer lo que yo no he hecho. Vivo en ……. (permítaseme que reserve este dato). *Si no tiene un compromiso, le espero mañana a las cinco".* Me había quedado tan sorprendido con lo que había oído que casi sin pensarlo me encontré de repente diciendo: "*Sí, sí, no hay problema, ahí estaré. Hasta mañana".* Colgué sin más y me quedé pensativo. No sabía dónde me iba a meter, ni a qué venía todo esto, ni de qué se iba a tratar ese misterioso encargo. Total, que mi momento de lectura quedó roto y me dediqué el resto de la tarde a darle vueltas a la conversación y a tratar de rememorar las ocasiones en las que me había encontrado con esta señora. Durante la noche, me desperté en varias ocasiones con el mismo asunto en la cabeza.

Al día siguiente, no sé ni cuantas veces miré el reloj para ver qué hora era. El tiempo parecía que pasaba más lento que nunca. Salí pronto. Quería ser puntual y justo a las cinco pulsé el timbre de su casa. Reconozco que estaba nervioso. Oí unos pasos y la puerta se abrió. Si, era ella. Menuda y bien arreglada. Enérgica, con temperamento. Y yo, que esperaba que se acercara para darme un par de besos, me encontré con su brazo extendido y su mano firme. Nos saludamos y me invitó a pasar. Me enseñó el salón de su casa, lleno de fotos y recuerdos. Sirvió café con delicadeza, me ofreció unas pastas y se puso cómoda en el sillón que, dada su ubicación y la cantidad de libros y de papeles que había a su alrededor, se adivinaba su sitio preferido. Hablamos de mil cosas, me contó detalles de su vida, se interesó por mis inquietudes y, al cabo de un rato, cuando el ambiente se había distendido, posó un sobre con papeles en su regazo y me espetó: "*¡Quiero que se encargue de recuperar más de tres mil kilos de oro del fondo del mar!".* Me hubiera gustado en ese momento ver en un espejo mi cara de sorpresa. No sabía si lo que acababa de oír era una broma, la chaladura de una persona senil o un engaño. *"¿Podría repetirme otra vez lo que acaba de decir y explicarme a qué viene todo esto?"* Sin inmutarse, consciente de mi extrañeza y de mi incredulidad, prosiguió con calma (estoy seguro de que tenía medida cada palabra y hasta el tono de voz con el que la iba a decir): *"Nací en Santander, de donde era mi madre. Mi padre era alemán. Había sido piloto de aviación y, tras conocer a mi madre en un viaje, decidió dejar atrás su ajetreada vida en Berlín y juntos se asentaron aquí. Se dedicó a la pintura, a la literatura, hacía traducciones y un sinfín de actividades. Era un humanista."* Respiró profundamente y añadió: "*Habían pasado unos años cuando resultó que un día, coincidiendo con la estancia de Franco en Burgos durante la Guerra Civil, se presentaron en mi casa cuatro hombres, dos alemanes y dos españoles. Mi madre me contó que estuvieron encerrados hablando en el salón no menos de cinco horas y que, cuando la visita se fue, mi padre aparecía sudoroso y preocupado.* En ese momento, mi anfitriona abrió el sobre, sacó unos papeles, los fue colocando en la mesa y continuó: *"Eran tres militares y un civil y el motivo de la visita era encomendarle a mi padre que se encargara de pilotar un avión desde el aeródromo de Salamanca, habilitado en la finca de un conocido ganadero, a Berlín, con un cargamento secreto y en un viaje no oficial. Volaría con*

un mecánico y la ruta se le desvelaría a última hora. Mi padre aceptó. Se desplazó a Salamanca e inició el vuelo. Tenía que pasar por Santander, donde recogería a un alemán, que mi madre me comentó años más tarde que era del servicio secreto, antes de proseguir ruta. Mi madre fue a verlo al aeródromo de La Albericia y estuvo con él unas horas, las necesarias para hacer unos ajustes técnicos y que mejoraran las condiciones meteorológicas. En este tiempo, mi padre le contó que llevaba más de tres mil kilos de oro, que no sabía de quien era ni para qué. Por lo que pudiera pasar, le facilitó detalles de la ruta que iba a seguir, las escalas previstas y quedó en llamarla a su llegada si todo salía bien. Si no recibía la llamada, le indicó a mi madre los pasos que debía seguir." Durante todo este tiempo, no me atrevía ni a pestañear, la historia que estaba oyendo me parecía interesantísima. Ella continuó hablando: *"Muy de mañana despegó. El tiempo fue pasando sin que mi madre recibiera la llamada de mi padre. Se acercó al aeródromo varias veces y una persona le dijo que habían perdido contacto con el avión al poco de haber despegado y que no sabían nada más. Aguardó tres días y, el cuarto, me subió a un coche cargado de maletas y nos fuimos a Francia. Allí vivimos durante años. Mi madre me cambió el nombre. Me quitó el apellido de mi padre, ……, y me puso los de ella. No le di mucha importancia. Recuerdo que mi madre me comentó que, desde Santander, un conocido le dijo que en varias ocasiones unos extraños habían estado preguntando por ella en el barrio. Después de que en España se aprobó la Constitución, regresamos. Cuando mi madre murió, los papeles del vuelo de mi padre que ella había custodiado dieron sentido a mi vida. Desbrozando las historias que me contaba, recordé los paseos que dábamos por la costa de Cantabria hacia Bilbao, traté de retener las conversaciones con los lugareños de edad avanzada que encontrábamos en el camino, examiné planos y mapas, visité aeroclubs y me moví entre aficionados a los aviones. Al final, he llegado a una conclusión bastante certera, sé lo que le pasó al avión, sé dónde está."* Entonces, interrumpí: *"¿Por qué yo?"* Sin inmutarse, añadió: *"No tengo familia y no quiero que ese oro se quede en el olvido. Le costó la vida a mi padre, truncó la de mi madre y me ha perseguido desde pequeña. Quiero que se le dé un destino positivo y que, en memoria de mi padre, se cree una Fundación que estudie la emigración entre Alemania y España que realce las relaciones históricas entre los dos países. Sé que rescatarlo va a costar un dinero. He contactado con empresas inglesas que se dedican a estas cosas, conozco sus honorarios, y me gustaría que usted se encargara de llevar a cabo lo que yo ya no puedo hacer porque siento que me faltan las fuerzas."* Intenté hablar y me frenó en seco. *"He preparado ante notario la escritura, sólo ha de acudir a firmar para aceptar. Le he donado la nuda propiedad de esta casa y su contenido. Me he reservado el usufructo vitalicio. Cuando yo fallezca, será dueño de todo lo que tengo. En la caja fuerte hay dinero suficiente para los gastos y en ella encontrará los planos con la previsible ubicación del avión. Confío en usted."* Se levantó, me besó las manos y se despidió. Al día siguiente fuimos a la notaría. No la he vuelto a ver. Cada día miro las esquelas...